

El cuento del zapatero

Por Sergi Monfort



I Certamen Literario

Había una vez, un viejo zapatero que vivía en lo más profundo de la montaña. Era el único que vendía, remendaba y frustraba todo el calzado de los niños de la aldea más cercana. Era un minúsculo poblado donde las piedras de la calle trituraban los pies y donde hasta el más pudiente tenía barro en la sopa.

En cambio, incluso el niño más pobre de la más pobre aldea calzaba los zapatos más resistentes y hermosos del país. Durante un tiempo, al menos. El zapatero solitario de las montañas era el mejor en su oficio, un verdadero artista: calzado de todos los colores y para cada ocasión. Pero su arte tenía un coste.

La mayoría de los trabajadores de la aldea eran capaces de resistir ciertos sacrificios para que sus hijos e hijas no sangraran por los piecitos para ir a la escuela, para ir a comprar o para acompañarlos en la cosecha o en la mina. Muchos llegaban a acuerdos razonables con el zapatero y negociaban cómodos plazos. Pero otros no podían matarse de hambre para poder pagar y se retrasaban gravemente en sus mensualidades. Cada vez que esto pasaba, el zapatero tomaba nota y enviaba a su aprendiz, su lacayo, en la hora más oscura de la noche para reptar en la casa del moroso, llevarse en volandas a su retoño y cargarlo hasta la casa del amo.

Allí, el zapatero se cobraba su deuda serrando los piecitos de la criatura y conservándolos cuidadosamente en su colección de pies con zapatitos, a cual más

bello, que escondía con mimo debajo de la cama. El niño era devuelto a la aldea a lomos del aprendiz, mas el camino de regreso era tan largo, escarpado y agónico que ningún infante lo sobrevivía de tanta y tanta sangre que perdía por los tobillos. De esta forma, en el pasaje que conducía a la casa del zapatero quedaban grabados dos rastros paralelos, rojos y secos, como advertencia a los clientes insolventes.

Un buen día, la madre de Dina no pudo pagar. Dina era la niña más inteligente y bondadosa de toda la aldea, alguien incapaz de generar antipatía en nadie. También tenía la suerte de calzar las zapatillas de baile más bonitas que el viejo zapatero había fabricado jamás. Eran su tesoro y el de todos, pues ella se convertía en la alegría de todas las gentes cuando se las calzaba y danzaba en la plaza para pequeños y mayores, haciéndoles ignorar durante unos minutos el quejido de sus estómagos.

Desgraciadamente, su mamá apenas tenía la energía para arrastrar los carros de carbón para permitirse unas migas de pan. Además, resultaba lastimoso contar con el altruismo de los vecinos que igual que ella lo pasaban, o peor. Al llegar el día de paga, ni con la solidaridad de los pocos amigos que quisieron contribuir a salvar la vida de la pequeña se alcanzó la mitad de la suma correspondiente. La madre le pidió a su hija Dina que se largara; que utilizara sus gráciles piecitos para correr y saltar por las montañas y los bosques, lejos de allí, con tal de que el aprendiz del zapatero jamás pudiera atraparla.

Esa fue la única vez que la niña no hizo caso a sus padres. Si ella no aparecía, pensaba, quién podía saber qué haría el malvado zapatero remendón con los pies de su madre, sus amigos o su pueblo, con tal de saldar su deuda. Abrazando su martirio, aquejada de una nobleza dolorosa, caminó con sus pies de bailarina el último camino de su vida, por encima las líneas rojas y secas que conducían hasta la casa del zapatero.

Dina no había visto jamás al hombre en cuestión, que aguardaba en la quietud del crepúsculo, detrás del mostrador, como a punto de atender a un cliente. La

niña esperaba un señor rudo, alto y rectilíneo. En su lugar, se sentaba un anciano gordínflón, barbudo y triste. No se levantaba para alcanzar la sierra. Probablemente, no se levantaba nunca para vender zapatos. Para eso tenía a su aprendiz. Cuando fue a llegarle la hora, Dina averiguó enseguida el porqué de esta excesiva inmovilidad: él se sentaba sobre una silla de ruedas, que rodaba todo lo que el hombre no podía caminar. Curiosamente, el viejo zapatero era el único que no podía calzar zapatos, pues no tenía pies en los que ponerse los.

Listo para morir, con los dientes de la sierra acariciándose los tobillos, miró a su ejecutor con ojos llenos de calidez y vacíos de rencor. Le preguntó por qué hacía esto; qué oscuros motivos ocultaba para recolectar deudas de esta manera. El viejo, impresionado por su curiosidad y su actitud imperterrita, se lo explicó.

Cuando él era tan joven como ella, vivía en la misma aldea que los niños cuyos piecitos coleccionaba. Era él, en los tiempos de antaño, quien ocupaba el lugar de Dina, el bailarín del pueblo. Tenía los zapatos más hermosos del mundo y con ellos danzaba hasta que su pobre estómago le arrebatava las fuerzas. Sus padres le prometieron que se llevarían a la gran ciudad y utilizarían sus escasos ahorros para apuntarlo a una academia de baile y así asegurarse de que nunca se volvería a faltar nada en su despensa. Y a la ciudad que fueron. Toda la aldea se acompañó para presenciar su salto al éxito, que de golpe se transformó en un salto al vacío. Acostumbrado al suelo pedregoso de la depauperada aldea, el chico encontró en los tablados de la ciudad una superficie demasiado llana y resbaladiza. Por culpa del más desgraciado y estúpido de los tropiezos, rodó por las escaleras del escenario y se rompió los dos pies. Ni el mejor médico pudo salvarse. Una sierra se llevó a la basura sus dos miembros inútiles. Tan chocante fue la experiencia que el chaval no lloró ni un momento, ni de dolor, ni de tristeza. En lugar de eso, acumuló una rabia desmedida que, muchos años después, libertó contra todo el mundo. Al crecer, fue capaz de ocupar su tiempo con algo creativo, con fabricar los zapatos que tanta ilusión le habían traído a él y a muchos otros. Aparentemente, había encontrado una nueva manera de traer alegría a los suyos. Pero él no era el mismo. No parecía que repartir felicidad fuera su intención. Cuando se hizo lo

suficientemente rico vendiendo sus obras de arte como para permitirse un aprendiz y una casa alejada de sus semejantes, éstos descubrieron el terrible secreto que el rencoroso zapatero guardaba en su corazón. Esa es la historia que ya conocemos.

Con el fin del relato, cayó la sierra. Con la sierra, cayeron las joyas de la colección. Y la vida de Dina, como todas las demás, se apagó antes de volver en los brazos de su madre.

Los zapatitos de baile, los más hermosos que el zapatero había fabricado jamás, acabaron debajo de su cama cuando éste apagó la luz. El viejo cerró los ojos, hasta aproximarse a la hora de su plácido sueño.

No obstante, antes de hundirse en la oscuridad, oyó unos golpecitos debajo de su cuerpo. Un ritmo tenue, vibrante y ascendente. Giró la cabeza para mirar por debajo, pero no vio nada extraño, más que su colección de piecitos cadavéricos y estáticos. Unos minutos después, de nuevo, escuchó esa fantasmagórica orquesta de pisadas diminutas. Pisadas que se expandían, que hacían ruido, todo el que hiciera falta. Un ejército de pies segados que calzaban los zapatos más bonitos del país, por los que tan alto precio pagaron, se rebelaba con un baile. Con la música de sus pataseos, se dispersaron por la habitación, desfilaron por encima de la barriga del viejo zapatero, se pegaron pataditas en las manos, en las narices, en los ojos y en otras partes. Marcharon y marcharon, detrás de su líder: unos familiares zapatitos de baile; en concreto, los más bonitos que el torturado zapatero había fabricado jamás.

Derribarón la puerta del cuarto a patadas e invadieron la zapatería. El aprendiz, despertado por el terror, se deshizo como el viento de sus propias zapatillas por miedo a que se devoraran los juanetes. Descalzo, escapó para siempre del hogar maldito. Nadie sabe con seguridad qué fue del lacayo despavorido, pero no debió llegar muy lejos a través de un terreno con cuya fricción se arderían las patas con la chispa de la venganza.

Juguetones y alborotadores, los espíritus de los niños se adueñaron de la silla de ruedas del zapatero y la deslizaron por el pasillo. El viejo se desplomó de la

cama, rabiando y maldiciendo, tratando en vano de pillar a tan siquiera una de esas malignas alimañas. Volaron las estanterías de la tienda. Las botas huecas, mocasines vacíos y sandalias sin dueño se mezclaron y se confundieron, se rasgaron y se echaron a perder. Su creador enrojecía de furia y hundía fuertes puñetazos en el suelo.

Mientras tanto, un desfile de piecitos infantiles caminaba con alegría sobre el sendero de su propia sangre, enterrándola a su paso con un rastro de blancas piedrecitas. Cada par de los zapatitos conocía su camino de vuelta a casa y sus familias reconocieron quién les visitaba. Las vidas arrebatadas retornaban a sus hogares para reventar de alegría, reajustar las cuentas mal ajustadas con una felicidad rebelde. Cada par de pies seguía a los de la pequeña bailarína, su heroína, en la danza de la vendetta, pero cada uno bailaba según sus capacidades, a su propio son, sin pudor ni maldád.

Tan fuertes retumbaron las palmas, las risas, los cantos y los taconeos en la noche, que llegaron bien lejos hasta los oídos del viejo zapatero, que se retorció en el suelo. Él entendió perfectamente lo que pasaba y, por primera vez en toda su vida, se rompió por completo. Los muñones de sus tobillos se reabrieron para sangrar todas las lágrimas que había contenido a lo largo de su desgraciada existencia. Su último acto fue el de una liberación merecida. Reptando por el suelo, empapado con las lágrimas de sus piernas, apenas llegó a tocar su cama otra vez, vacía de trofeos, antes de desvanecerse del todo.

A partir de esa noche, todos los niños, aunque incompletos, bailaron en la plaza cada día para repartir su alegría por igual, la única alegría momentánea de la depauperada aldea... hasta el día en que los vientos de cambio soplasen mejor, y así para siempre. Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.